

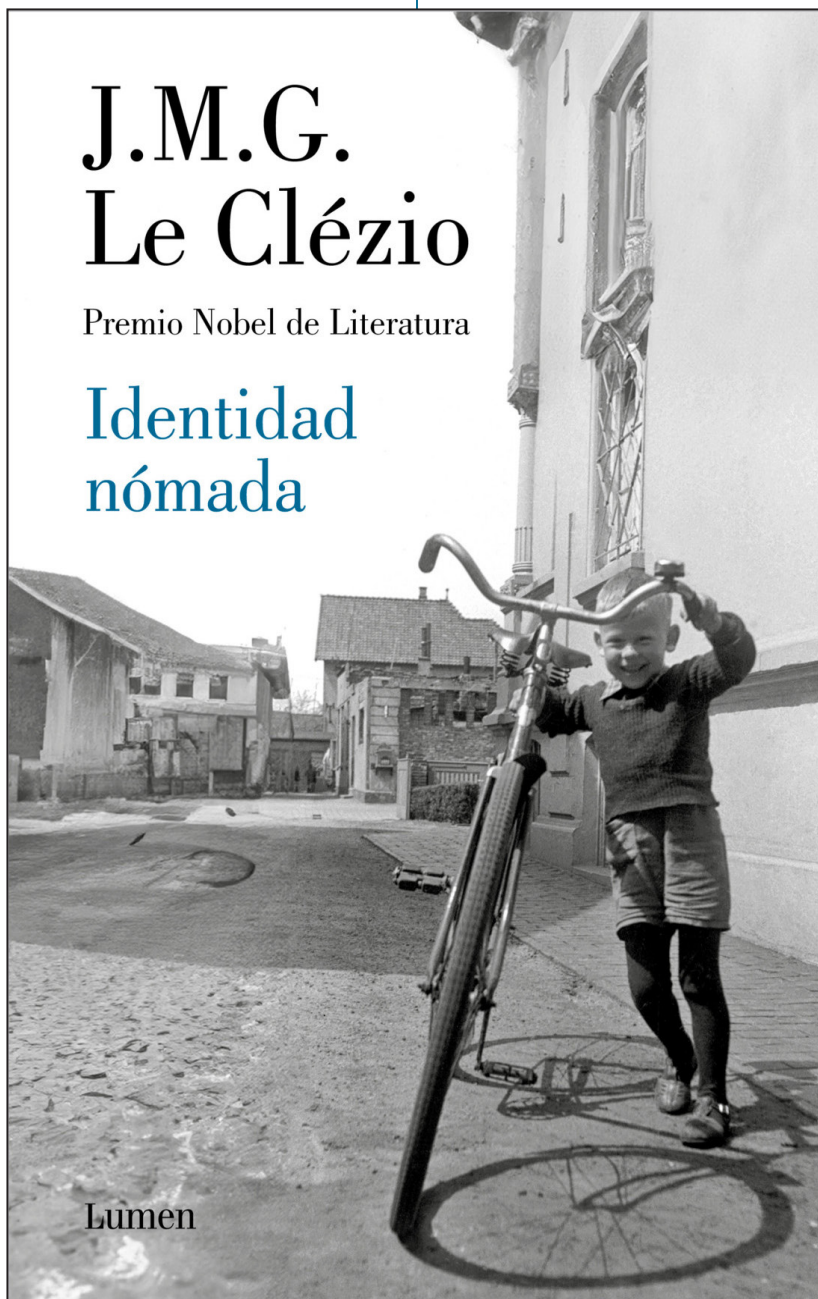


Guía de lectura

J.M.G. Le Clézio

Premio Nobel de Literatura

Identidad
nómada



Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

J. M. G. Le Clézio abre en esta obra su caja negra para revelar qué le impulsó a escribir. Una caja negra que contiene, en primer lugar, las memorias de una infancia en la guerra. Nacido en Niza en 1940, recuerda a su madre, un riachuelo un día de verano, el sol, la siega, los granos de trigo que muele con su abuela: instantes aislados de alegría que se entrecruzan con la memoria del hambre, la enfermedad y la muerte. El paisaje de la niñez es entonces una tierra pobre —tan distinta al enclave lujoso en el que se ha transformado hoy en día— donde no se practica producción agrícola y, a cambio, durante la guerra hay desnutrición. Y es, también, un lugar rodeado de altas murallas que impiden acceder al mar.

De esa Francia convertida en una cárcel a cielo abierto, Le Clézio se marcha cuando tiene ocho años para ir a Nigeria, a reunirse con su padre, médico del Ejército Colonial Británico. La larga travesía en barco que tiene por delante se antoja como una oportunidad para deshacerse de Europa y volverse un africano, una transición que acompaña con la escritura de una novela donde narra la historia de un niño que deja Europa y regresa al hogar de su familia. Muy temprano en la vida se cimienta entonces la relación entre viaje y literatura que recorre toda su obra. Nada más llegar a Dakar, primera escala de la ruta hacia Nigeria, África se descubre como una tierra de abundancia, con sus aro-

mas y sabores, sus frutas y animales. Tan distinta a ese viejo continente atravesado por la miseria y la destrucción, África también es la felicidad de existir, otro modo de ser niño, otra naturaleza y una libertad hasta entonces desconocida y a la que nunca más se podrá renunciar. La infancia africana, a su vez, es un viaje a Marruecos con sus padres, y ser testigo de las injusticias y toda la brutalidad del colonialismo, pero también de la prosperidad de un mundo al que, difícil imaginarlo entonces, le espera un futuro de contiendas, extractivismo y devastación ecológica. Algunos años después, en plena guerra de Argelia, cuando se acerca el momento de que el Estado francés lo convoque para realizar el servicio militar, un joven Le Clézio asume su doble nacionalidad: francés, por vía materna; británico, por vía paterna. Y esa doble nacionalidad no es tanto un subterfugio para evitar ir a un conflicto bélico contra el que se opone, sino un paso más en

la construcción de una identidad que se forja en el mestizaje. Las raíces bretonas, los antepasados varados en la Isla Mauricio, las vidas entre África y Europa, un gusto por la aventura inscrito en la genealogía familiar y, más tarde, la filiación conyugal con Marruecos: todo eso confluye en una identidad que trasciende las fronteras nacionales y solo puede asumirse nómada.

En la infancia y juventud, Le Clézio encuentra aquellas experiencias esenciales que moldean su modo de relacionarse con el mundo y una mirada que vuela, obra a obra, en su escritura. Una escritura que aquí indaga en sus raíces y motivaciones más profundas y, al mismo tiempo, se pregunta acerca de su función y su compromiso en un escenario donde las guerras, la desigualdad, los muros y la destrucción medioambiental continúan siendo parte del paisaje, y más que nunca, la literatura quizá deba ser entendida como una forma de acción.

CLAVES DE LA NOVELA

Con una extensa trayectoria literaria a sus espaldas, reflejo en gran medida de una vida nómada, el Nobel Jean-Marie Gustave Le Clézio regresa a la memoria personal en una obra que comienza a la manera de una autobiografía, pero no tarda en desvelarse como una pieza de naturaleza híbrida en la que confluyen el ensayo y el memoir. Volviendo la mirada sobre un paisaje de infancia que se despliega entre la Francia ocupada y el África colonial, y ha sido revisitado en obras como *El africano* y *Canción de infancia*, el escritor recupera en esta ocasión no tanto una serie de episodios del pasado, sino aquellas experiencias que han ido definiendo su identidad, su modo de habitar el mundo y, ante todo, su relación con la escritura. Una relación que se remonta a la niñez y un largo trayecto en barco donde descubre la fascinación por el viaje, inseparable desde entonces de otro acto fundamental: escribir. «No viajo para escribir lo que escribo, sino que escribo para poder viajar. No es exactamente lo mismo», dice Le Clézio.

En esa travesía de Francia a Nigeria, viaje y escritura quedan estrechamente ligados, del mismo modo que vida y obra son indisociables para un escritor cuya literatura, por un lado, se nutre de impresiones, sensaciones y vivencias personales, y por el otro, se entiende como un modo de conocimiento, y también, de acción. Nacer en guerra es más que un dato biográfico: lo sensibiliza, explica en *Identidad nómada*, para absorber todo lo que sucede a su alrededor, desde el horror que cobra la forma de destrucción, muerte y encierro, hasta aquellos instantes de una felicidad efímera y, sin embargo, indeleble en la memoria. Frente a ese mundo en guerra que es poco más que pobreza, hambre y murallas, está la abundancia de África, escenario de una segunda infancia que supone devenir otro, un niño que, con su curiosidad y sus ansias de libertad a cuestas, se proyecta en sus pares africanos y, a la vez, se reconoce diferente. En ese primer encuentro con una realidad hasta entonces desconocida, el mundo

comienza a percibirse plural, hecho de diversos paisajes, lenguas, aromas y formas de jugar o saberse niño, y de contrastes que, más tarde, se reconocen provisionales: una rueda de la fortuna y las desigualdades accionada por el hombre. África, por otra parte, supone encontrar esa libertad negada en la guerra, que el escritor abraza siendo un niño que juega en la naturaleza y, con el paso del tiempo, continúa buscando a través de la escritura, inventando historias y personajes o viajando con la imaginación a lugares remotos. Si para aprender hay que moverse, reflexiona Le Clézio, la literatura —tanto para quien escribe como para aquel que lee— tiene el poder de transportarnos a otros escenarios y, en ese gesto, permitir el conocimiento y el reconocimiento. O, en otros términos, la literatura es entendida como un espacio donde se deja de ser forastero, se comparten experiencias y sentimientos, y se construye, como aspira el novelista y artista marroquí Mahi Binebine, una comunidad de vecinos que trasciende las fronteras geográficas y políticas, y las diferencias raciales y culturales. Esa posibilidad de intercambio y convivencia, clave de esa deseable aunque utópica paz duradera, conlleva una reflexión acerca de una identidad nómada que, en parte, viene dada por el doble linaje familiar, pero también es construcción, la consciencia de que el yo se moldea en el movimiento y el mestizaje, dos elementos recurrentes en la literatura de Le Clézio.

Siguiendo el hilo de la configuración de una identidad nómada, Le Clézio indaga en el pasado movido, más que por la nos-

talgia de un mundo desaparecido, por el apego a todo ello que está en sus raíces y lo forma como escritor. Un viaje a Marruecos junto a sus padres en los años cincuenta se convierte en la memoria de la magia del lugar y, a la par, de la crueldad que se reproduce en las calles, en un bus y en la cotidianidad de una sociedad atravesada por terribles injusticias. Allí, ante la barbarie del colonialismo, se constituye testigo, y es esta figura la que, ya adulto, recupera en la escritura: el escritor puede ser alguien que observa e intenta entender mejor los desafíos de una época. De esta reflexión se desprenden, a su vez, algunas preguntas que recorren *Identidad nómada*: ¿cuál es la utilidad de la literatura? ¿Y cuál es o debe ser el papel del escritor? Lejos de la tesis del arte por el arte, que Le Clézio ilustra con una frase de Oscar Wilde, la literatura se piensa desde una función que excede lo meramente estético y que desbarata, una vez más, el límite entre vida y obra. El escritor como testigo escribe, entonces, para brindar un testimonio. Escribe para nombrar, para identificar, y, por lo tanto, para buscar verdades. Escribe porque la literatura puede ser acción y compromiso. Escribe, en consecuencia, contra el inmovilismo y un desencanto que echa por tierra la posibilidad de pensar otros modos de articular una realidad, muy a menudo, compleja y hostil.

Si en la literatura inglesa y en escritores como Stevenson o J. D. Salinger, Le Clézio reconoce sus primeras influencias, en la literatura africana contemporánea encuentra la expresión de esta noción del compromiso. Hay allí una reacción contra la indiferencia, el puro esteticismo y

los valores academicistas que convierten a esta literatura en un potente referente para un escritor que, comprometido con una visión humanista, concibe a su escritura como una forma de acción social. La literatura, dice, debe estar en sintonía con su tiempo y señalar los peligros de una época, contribuyendo, a la par, a ampliar la mirada, a conocer y reconocerse. Y este compromiso resulta más necesario que nunca en un mundo donde la guerra continúa formando parte del paisaje humano, los países se cierran con

fronteras y muros, los discursos se radicalizan y hay un auge del nacionalismo y la xenofobia que pone en riesgo la posibilidad de una identidad nómada. Una identidad que se construye entre nacionalidades y es movimiento, mestizaje y, en definitiva, apertura. Una identidad que está en los cimientos de una gran trayectoria literaria sobre la cual J. M. G. Le Clézio arroja luz a través de una obra sincera y esencial que contribuye a repensar la función de la literatura en los tiempos que corren.

EXTRACTOS POR TEMAS

LA INFANCIA EN GUERRA

«He tenido la buena y la mala suerte de nacer durante la guerra, pero resulta que los niños que nacen en una guerra están especialmente atentos a las desgracias y a las dificultades de la vida. Me acuerdo perfectamente de los bombardeos, por entonces mi madre, mi abuela, mi hermano y yo vivíamos en Niza. Mi padre era médico en África. La guerra nos había separado. No lo conocí hasta la edad de diez años. Cuando terminaron los conflictos, hicimos un viaje a Nigeria durante el cual vi por primera vez a mi padre. Esa vida de la guerra creo que me sensibilizó a todo lo que pueda pasar, porque un niño es como una esponja, atrapa absolutamente todo lo que pasa». (p. 11)

SEGUNDA INFANCIA

«Nos fuimos de aquel mundo para navegar hacia un país donde podíamos andar descalzos, correr por la selva y por la sabana, donde podíamos descubrir la vida, los insectos, las serpientes, los escorpiones y, de vez en cuando, un mono, un babuino que pasaba no muy lejos; era de lo más embriagador. No se trataba de una libertad sosa, sino de auténtica libertad». (p. 21)

LA IDENTIDAD NÓMADA

«Soy un hombre que ha conocido un mundo distinto y que trata de reseñarlo, no por nostalgia, sino porque le tengo apego a todo lo que me creó, a todo

lo que me formó. Quizá sea un defecto propio de los escritores, el de escribir una y otra vez las mismas cosas, retomar una y otra vez lo que los obsesiona y lo que los ha motivado. Pero en mi caso, la cuestión de la identidad no se llegó a plantear realmente porque nací en una situación muy extraña». (p. 31)

«Acabé teniendo una vida de aventuras a mi pesar y no tuve que plantearme la cuestión de la identidad, porque desde que nací he existido por partida doble, era francobritánico. Por otra parte, viví un poco como un nigeriano, tuve la sensación de ser africano y empecé a aprender a hablar en ibo...» (p. 37)

«En lo que a identidad se refiere, he ido haciendo eses, por decirlo de forma gráfica, he sido como una serpiente o una anguila, me he movido entre las nacionalidades, entre los peligros que suponían todas las nacionalidades, y me he negado a tomar partido en cuestiones políticas. Incluso ahora sigo sin saber quién soy, no sé si pertenezco a la cultura francesa». (p. 38)

«A mí se me podría aplicar la expresión “identidad híbrida”, aunque sea una expresión que me suena a motor de coche. Soy un compuesto de varias identidades». (p. 41)

LA ESCRITURA

«Ahí reside mi identidad: es una identidad nómada. Para aprender, hay que moverse. No viajo para escribir lo que

escribo, sino que escribo para poder viajar. No es exactamente lo mismo. Cuando al escribir situo la acción en un país, no suelo estar allí. He escrito sobre Isla Mauricio cuando estaba viviendo en París. Pude escribir *Desierto* en el sótano de la embajada de España en París. No estaba ni mucho menos en el desierto. En realidad, no conocía el desierto». (p. 47)

«Así pues, escribir es actuar, y tengo empeño en que la palabra “actuar” sea mi motivo, porque el escritor se pasa la mayor parte del tiempo sin actuar, es alguien estático por naturaleza, es una persona que vive encerrada hasta que de vez en cuando sale y se sorprende de ver que el mundo existe y capta todo lo que pasa en la calle, a su alrededor, para convertirlo, de algún modo, en un botín. Pero se trata de una participación que puede resultarle insuficiente, cuando no frustrante [...] La única forma de actuar que tiene el escritor es escribir, y es entonces cuando escribir se convierte en un auténtico compromiso social». (p. 98)

LA FUNCIÓN DE LA LITERATURA

«En este mundo tan alterado en el que vivimos, a menudo me pregunto para qué sirve la literatura. Un escritor irlandés famoso por su ironía, Oscar Wilde, autor, por cierto, de un poema admirable que denuncia la pena de muerte, La balada de la cárcel de Reading, escribió en el prefacio de su novela autobiográfica El retrato de Dorian Gray: “All art is

perfectly useless”, todo arte, incluida la literatura, es perfectamente inútil. Esta afirmación un tanto despectiva se puede interpretar de varias formas. La literatura es inútil, pero quizá pueda alcanzar la perfección, en el sentido de que, en tal caso, sería “perfectamente inútil”. Es inútil, pero, incluso en su inutilidad, sabe ser perfecta». (p. 59)

«Puede que en alguna ocasión la literatura haya dado voz a las grandes aspiraciones de consuelo encarnando los sueños de infancia, el amor, la esperanza en un mundo mejor o el gusto por la belleza. Pero vamos a procurar no caer en el angelismo. La literatura (que abarca la novela, la poesía, el teatro y ahora también la canción) no puede ser una colección de buenos sentimientos ni una antología de reglas morales. Sí que es, en cambio, un testimonio, la medida de una época, a veces una crítica de esa misma época. El escritor es un testigo, no en un juicio (¿quién sería el fiscal en un juicio así?) sino en una investigación, trata de entender mejor los desafíos de nuestra modernidad». (p. 61)

«La literatura, al trascender fronteras, permite ese conocimiento y ese reconocimiento. A través del intercambio y de la aventura dejamos de ser forasteros, compartimos sueños, ideas, palabras y sentimientos. Aprendemos a ser lo que desea el novelista y pintor marroquí Mahi Binebine, vecinos, y, quién sabe,

quizá algún día, aquello a lo que aspiraba el gran Martin Luther King en su famosa sentencia: “Hemos aprendido a nadar como peces, a volar como pájaros, pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir juntos como hermanos”. Gracias a la literatura, gracias a esas múltiples voces, tenemos las armas adecuadas para luchar contra todos aquellos que, a pesar de las enseñanzas de la historia, se visten hoy con los harapos agujereados del racismo y la xenofobia». (p. 94)

«Creo que la literatura en el continente africano tiene una verdadera misión. Lo cual no significa que en Europa no la tenga, pero se ve atenuada por una perturbación fruto de las ideologías tan contradictorias que han transitado por allí y que, desdichadamente, aún siguen presentes en Europa, unas ideologías de consecuencias tan graves como las del islamismo. Estas ideologías radicales son asesinas y violentas. No cabe duda de que la literatura en Europa tiene su parte de responsabilidad en la lucha contra estas ideologías». (p. 95)

«Si la literatura tiene alguna utilidad, no es otra que la de cambiar la forma que tenemos de mirar el mundo, para incitarnos a ver lo que ignoramos, lo que en ocasiones desdeñamos. Sería pues, si me permito aplicar a la literatura un término utilizado en psicología, una extrospección. Adoptar una mirada ajena para entender mejor lo que nos rodea». (p. 101)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Identidad nómada* comienza a la manera de un relato autobiográfico en el que J.M.G. Le Clézio rememora episodios de su infancia. Sin embargo, el relato de infancia cede paso a una reflexión acerca de la identidad, la escritura y la literatura y su función. ¿Por qué pensáis que el punto de partida de esta reflexión es la recreación de una serie de episodios de infancia? ¿Qué importancia tiene la infancia en el desarrollo del autor como escritor?
2. Evocando su primera infancia en Niza, Le Clézio dice que «si quisiéramos definir qué es la guerra, yo diría que es un crimen contra los viejos y contra los niños». ¿Estáis de acuerdo con esta definición? ¿De qué forma incide la guerra en la mirada del niño que se convertirá en escritor?
3. La Niza de la infancia es un enclave pobre rodeado de murallas que lo separan del mar. La visión de estas murallas construidas por los alemanes tiene un fuerte impacto para un niño que no puede acceder al mar. ¿Qué representan para él estas murallas? Al evocar las murallas, ¿pensáis que Le Clézio nos habla solo del pasado y la ocupación alemana, o está haciendo referencia también a nuestro presente y un Mediterráneo blindado por otro tipo de murallas?
4. La primera infancia transcurre en la Francia ocupada, pero a los ocho años J.M.G. Le Clézio se embarca rumbo a Nigeria, para ir al encuentro con su padre. ¿Cómo se retratan África y Europa? ¿Qué representa cada continente? ¿Aquellos rasgos que definen a cada lugar en los años cuarenta coinciden con la imagen que tenemos hoy de estos mundos? ¿Qué nos dice la obra acerca de cómo cambian las condiciones de vida en los lugares? ¿Y acerca del colonialismo y sus consecuencias?

5. Durante la travesía en barco hacia África, el autor escribe una novela acerca de un niño de origen africano nacido en Europa. En esa historia, ¿reconocéis algunos de los elementos que caracterizan a la obra literaria de J.M.G. Le Clézio? ¿Y qué valor adquiere la escritura para ese niño que navega para ir al encuentro con su padre y una tierra desconocida?
6. Viajar a África es llegar a una tierra de abundancia y libertad. De la mano de su padre, sin embargo, J.M.G. Le Clézio es testigo también de las injusticias del colonialismo. ¿Cuál es la importancia que tiene el viaje a Marrakech que hace con sus padres? ¿Qué descubre allí?
7. Desde la infancia, viaje y escritura quedan estrechamente ligados. ¿Cuál es la conexión entre estos dos elementos? ¿Qué los une desde el punto de vista del autor? ¿Y cuál es la importancia del movimiento para la creación?
8. Tomando como punto de partida *Oradi negro*, la novelita que escribe durante la travesía en barco, J.M.G. Le Clézio explora los motivos que lo llevan a escribir y su relación con la escritura. ¿Cuáles son las claves que encuentra en la infancia? ¿Y cuáles son los principales motores de su escritura? ¿Qué sucede con la relación entre vida y obra para el autor?
9. Dice el autor que, pensando en el mundo en que vivimos, muchas veces se interroga acerca de la utilidad de la literatura. A raíz de esta pregunta insistente, viene a su mente una frase de Oscar Wilde: «All art is perfectly useless». Frente a la idea del arte por el arte, ¿cuál es, según el autor, la función de literatura? ¿Y qué definiciones de literatura se exponen en la obra?
10. La reflexión acerca de la función de la literatura conduce a pensar en el compromiso. ¿Qué se entiende por compromiso en *Identidad nómada*? ¿En qué consiste la relación entre literatura y compromiso? ¿Y por qué, según el autor, existen literaturas como la africana que asumen el compromiso mientras que otras, como la europea, se inclinan hacia el arte por el arte? ¿De qué factores depende ir hacia una posición u otra?

11. Escribir, dice Le Clézio, es actuar. ¿Cómo interpretáis esta declaración? ¿En qué consiste la acción de un escritor? ¿Y cuáles pueden ser las consecuencias de practicar la escritura como acción y compromiso?
12. El arte por el arte se opone a la posición de una literatura —y otras formas de expresión artística— comprometida que, en cierta forma, está firmando un contrato con la sociedad. Como lectores, ¿tomáis partido por alguna de estas dos posiciones? ¿Qué ejemplos de literatura contemporánea pensáis que representan claramente estas posiciones?
13. Volviendo a las memorias de infancia, J.M.G. Le Clézio cuenta que escribir *Oradi negro* lo ayuda a hacer la transición hacia África y, en cierta medida, a asumirse como un niño africano. ¿Cómo se construye la identidad del escritor? ¿Cómo se vive el mestizaje? ¿La condición mestiza, nómada o híbrida moldea la mirada del escritor sobre el mundo? ¿De qué manera?
14. En *Identidad nómada*, J.M.G. Le Clézio indaga en los orígenes y las derivas de una identidad que se trama en el mestizaje. ¿Cuál es la importancia de hablar hoy del mestizaje? ¿Por qué el autor reivindica en estos tiempos la identidad nómada y la literatura como forma de acción?

EL AUTOR



© Francesca Mantovani

JEAN-MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO nació en 1940 en Niza. Es uno de los novelistas más celebrados y leídos de Francia, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2008. Originario de una familia de Bretaña emigrada a la isla Mauricio en el siglo XVII, Le Clézio realizó sus estudios en Niza y se doctoró en letras por el Collège Littéraire Universitaire. Ya consagrado con su primera novela, *El atestado* (1963), galardonada con el Premio Renaudot, pero incómodo en la vida cultural parisiense y ajeno a las modas literarias, Le Clézio llevó una existencia nómada entre África del Norte, Asia y América hasta recalar, en 1970, en México. Allí fijó su residencia hasta 1992, año en que se trasladó a Albuquerque,

Nuevo México, donde hasta hoy trabaja como profesor de literatura francesa. Es autor de más de treinta novelas y libros de relatos, entre los que destacan *El diluvio* (1966), *La guerra* (1970), *Mondo y otras historias* (1978), *Desierto* (1980), ganadora del Gran Premio Paul Morand de Literatura de la Academia Francesa, *El buscador de oro* (1985), *Viaje a Rodrigues* (1986), *Printemps et autres saisons* (1989), *Onitsha* (1991), *Étoile errante* (1992), *Pawana* (1992), *La cuarentena* (1995), *El pez dorado* (1997), *La música del hambre* (2008), *Bitna bajo el cielo de Seúl* (Lumen, 2019), *Canción de infancia* (Lumen, 2021), *El amor en Francia* (Lumen, 2023), y, ahora, *Identidad nómada* (Lumen, 2024).

DECLARACIONES DEL AUTOR

«Recibí una doble nacionalidad. Por mi padre era británico, y por mi madre, francés. La literatura era un medio entonces para pasar de una nacionalidad a otra. Los libros que escogía, en los que me detenía, eran, por un lado, literatura de aventuras, como *El libro de la selva* o *Las minas del Rey Salomón*; y por el otro, una literatura más meditativa, como *Sermones*, de Bossuet».

«La identidad nómada también es porque la literatura no proclama una identidad nacional muy fuerte. De hecho, la literatura está destinada a ser traducida para ser difundida. Incluso está destinada a ser transportada por contrabandistas».

«Todos los escritores son mestizos por naturaleza. Leen en todas partes, recogen miel de todos los orígenes. Y, sobre todo, son capaces de transformar una lengua vernácula en su propia lengua y hacerla suya».

«Ahora mismo estamos en un período en el que celebramos la paz y la sangre nunca ha corrido tanto por todos lados. Esto es algo que no podemos aceptar. Debemos rebelarnos contra esta situación».

«Se trata más de intentar superar lo que hemos visto, lo que hemos escuchado, e intentar hacerlos palpables y reales para que los lectores puedan insertarse en esta realidad».

«Utilizo la palabra inglesa “commitment”. Me gusta esa palabra porque significa como si estuviéramos firmando un contrato, y por lo tanto la literatura es un compromiso, un contrato, no para producir algo mejor, sino para hacerlo más inteligible y más apreciable».

«Creo que escribo para mí en primer lugar. Empecé a escribir para llenar el silencio que me rodeaba, porque después de la guerra, no teníamos mucho. No había cine, no había televisión, no había nada, ni siquiera radio. Entonces tuvimos que inventar historias. Y luego tuve la oportunidad de hacer un viaje que me llevó a África. Y este viaje fue para mí una iniciación a la escritura, a escribir para experimentar mejor lo que estaba viviendo».

«La literatura ayuda a conocernos, a compartir no sólo experiencias, sino también emociones, ideales, el deseo de disfrutar la vida, de ser feliz, de abrazar, de escuchar música».

«Creo que la santidad de la literatura me consuela. Creo la verdad de lo que dice. Tienes que disfrutar de la magia del lenguaje. El lenguaje es música. Es la única música que los humanos somos capaces de crear. Los pájaros tienen música natural. Los humanos sólo tenemos lenguaje y palabras. Y si escuchamos esta música que hacemos con las palabras, somos capaces de percibir algo fuerte y duradero».

(Enero, 2024. Entrevistado por Augustin Trapenard. *La Grande Librairie*, France Télévisions)

LA CRÍTICA HA DICHO

«Leerlo es un estado de ánimo, el nomadismo. [...] Una literatura del compromiso».

France 5 (La Grande Librairie)

«Un libro intenso y refulgente, en el que recorre su trayectoria como una proclama de apertura al mundo. [...] Una obra luminosa que contiene la esencia de su trayectoria, contada con sencillez. Una lectura obligada para todos».

Valérie Marin La Meslée, *Le Point*

«Una afirmación de la identidad del escritor, hecha de todas las culturas del mundo, con un acento que recuerda a Aimé Césaire. También es una invitación al lector para que se una al escritor en esa misma amplitud de miras. Escritor y lector quedan estrechamente ligados».

François Benetin, *Culture Tops*

«Es como si J. M. G. Le Clézio revelara sus secretos, su caja negra, su identidad más profunda, construida a lo largo de su vida. [...] Le Clézio publicó este texto en un momento de acalorados debates sobre la identidad, en Europa y en otros lugares... Es difícil imaginar que no se trate de su respuesta a estos debates y controversias».

Gilbert Chevalier, *Radio France*

«Escribe con la moral de su generación y la ética de nuestro tiempo».

Javier Ors, *La Razón*

«Este rebelde tranquilo no renuncia ni a su ira ni a su indignación, y con ello rejuvenece. [...] A Le Clézio le importan poco las modas; su talento es para las almas sencillas y sensibles».

Jérôme Garcin, *L'Obs*

